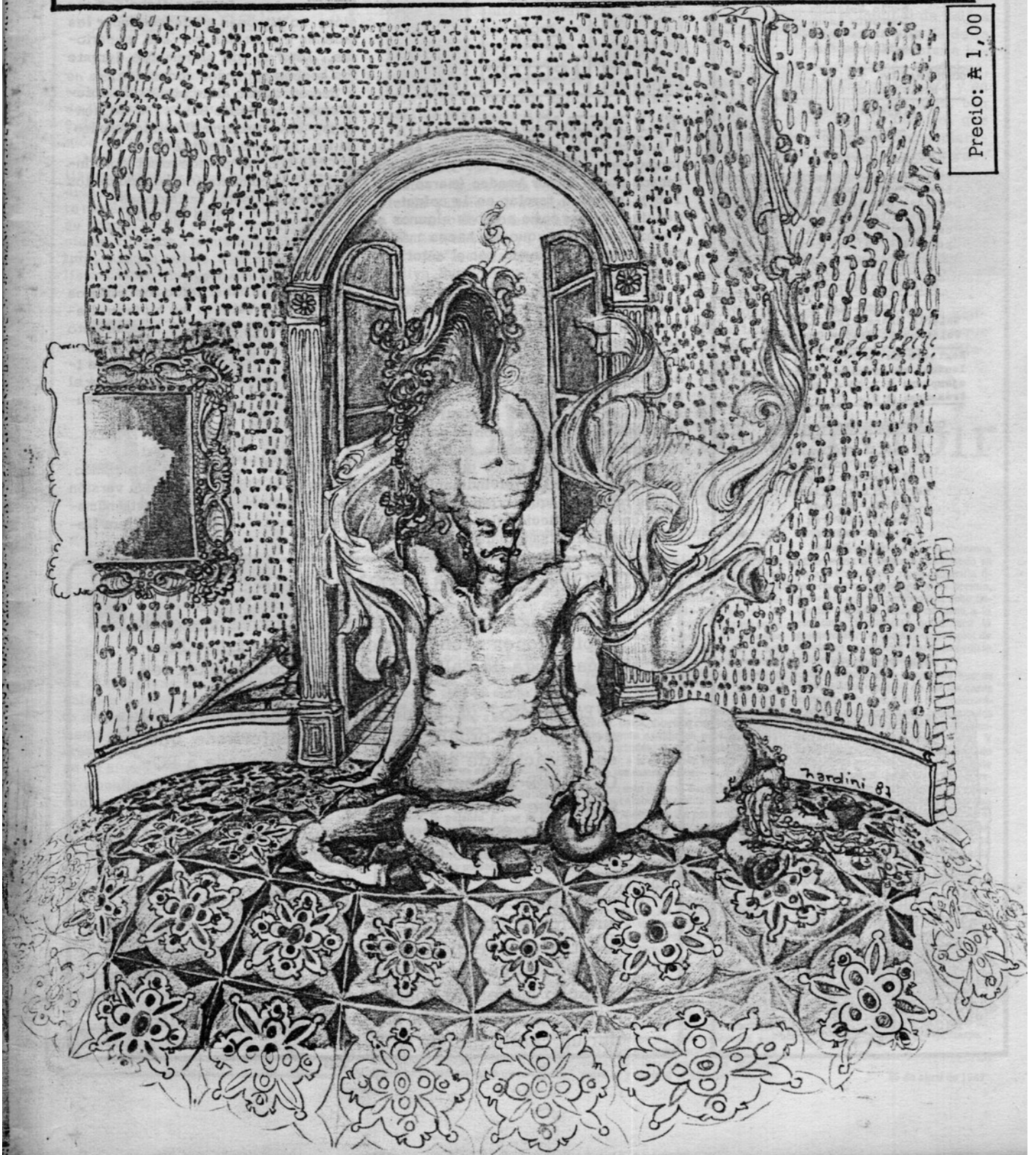


Rocinante

AÑO I - Nº 7 - CONCORDIA, 15 DE MAYO DE 1987

Precio: \$ 1,00



Rocinante

Publicación mensual de
interés general

CONSEJO DE REDACCION

Francisco Tomat-Guido
Mario Meichtry
Lucrecia Lessa
Luis María Medina
Guillermo Pink

COORDINACION TALLER LITERARIO MUNICIPAL DE CONCORDIA

Alejandro Bekes

CORRECCION

Lola Cerfoglio

Las notas firmadas reflejan
exclusivamente la opinión
de sus autores y los con-
ceptos vertidos son res-
ponsabilidad de cada uno
de ellos.

EDICION Y DISTRIBUCION

LIBRO-CLUB
Galería Entre Ríos - Local 36
Teléfono 21-8145 - Concordia

Registro de la Propiedad Inte-
lectual en trámite. Precio del
ejemplar: \$ 1,00/- Números a-
trasados: \$ 2.-

COLABORAN EN ESTE NUMERO

Fabían Nardini
Carlos Rossi
Alejandro Bekes
María Pilar Gallardo
Juan C. Miranda
Claudio N. Perez
Oscar Salari
Claudio Donati
Nicolás Passarella

Tapa: F. Nardini



EUFEMISMOS

A raíz de la nota firmada por Ale-
jandro Bekes (febrero de 1987) y des-
tacada por el lector Amadeo (marzo de
1987), quisiera terciar en la coinci-
dencia y aportar como pruebas algunos
hechos recientes que no hacen más
que avalar lo afirmado por el autor y
el lector.

Me refiero a los sucesos político-
militares registrados durante la Sema-
na Santa en nuestro país. En esa oca-
sión, se escuchó señalar continua-
mente que la mayoría de nuestras FF.
AA. "respondían a sus mandos natura-
les"; lo cual es un eufemismo, porque
cuando se les ordenó reprimir a los
sublevados, no obedecieron. Y por ca-
rácter transitivo, caemos en lo de la
obediencia debida, punto que parece
haber sido una de las reivindicaciones
de los rebeldes. Aquí entramos de lle-
no en una contradicción que supera los
límites del eufemismo: para no ser pa-

sibles a las sanciones que les co-
rresponderían por violaciones a los
derechos humanos, los militares (su-
blevados o no) exigen que se regla-
mente la obediencia debida, de mane-
ra tal que los grados intermedios de la
oficialidad puedan evitar las sancio-
nes. Pero, para imponer dicha preten-
sión, no titubean en desobedecer las
órdenes impartidas por sus superio-
res. Esto se vio claramente durante
los hechos por todos conocidos.

Fueron cuatro días plenos de eufe-
mismos, como dijo Bekes. O de men-
tiras, como prefiere llamarlo Amadeo.
En fin, hay tema para rato.

ROCINANTE me parece alentador. In-
cluyan más comentarios del tipo de los
que provocan estas reflexiones.

OTRO LECTOR

PEDIDO

Después de haber leído los números
4, 5 y 6 que ustedes me hicieron lle-
gar, no puedo evitar el inusual acto
de felicitarlos; no obstante, debo con-
fesarles que, dada mi condición de i-
maginador, vería con agrado que el
espacio cedido a las narraciones au-
mentara.

CLAUDIO N. PEREZ
Rosario

N. DE LA R. Lo estamos estudiando.
Respecto de "Axel", su nueva versión
llegó demasiado tarde. En este núme-
ro publicamos la que nos hiciera lle-
gar con su primer envío.

Importante auspicio de C.T.M.

Una contribución que supera nuestras mayores
aspiraciones acaba de decidir la Comisión Téc-
nica Mixta de Salto Grande para con nuestra re-
vista.

En efecto, ya al cierre de esta edición, el
mencionado organismo nos ha informado que,
con carácter de subsidio, será entregada a RO-
CINANTE la cantidad de novecientos australes,
suma que —como es lógico suponer— significa
un alivio económico que no solamente nos dará
un respiro, sino también un impulso para el fu-
turo.

Se trata de la primera respuesta positiva a
nuestro requerimiento de apoyo económico me-
diante la inserción de avisos. Creemos que ha
sido comprendido y apreciado nuestro esfuerzo
de ocho meses de aparición continuada.

Este auspicio, sin eufemismos, nos permitirá
dar un "salto grande".

¿Es posible una arquitectura nacional?

"No, mientras no seamos un país en serio". Así respondió el arquitecto Claudio Caveri a la pregunta tema de la conferencia que dictó el sábado 9 de mayo, auspiciada por la Comisión del V Centenario.

Muy amena, podada de todo formalismo académico y —a pesar de ello— didáctica, Claudio Caveri dijo —ante numeroso público— sus verdades. En su charla, derivó por propio gusto hacia la filosofía, la historia y la cultura, aunque volvió a su profesionalismo cuando dio lugar a la exhibición



Claudio Caveri

de diapositivas de sus obras, intercalando comentarios risueños respecto de detalles de esos trabajos. Argumentó que a los argentinos nos falta crear, aunque sin desdeñar lo que viene de afuera. "Hay que cargar todo en la mochila", señaló, ejemplificando con sus propias obras, para agregar de inmediato que toda búsqueda puede significar trabajos burdos inicialmente, pero que tienen el valor de ser propios. "Tenemos que ubicarnos en el centro", propuso, "como lo hicieron los europeos cuando dibujaron el planisferio, y los norteamericanos después, que cortaron Asia en dos partes".

Al cabo de la charla, respondió a las preguntas que le formularon los presentes, muchos de ellos arquitectos y artistas de nuestro medio.

Fue presentado por el plástico local Nicolás Passarella.

EN "NUESTRA CASA"

"Hermano de mi tierra"

El tema del hombre del interior que busca en la Capital Federal la solución de sus problemas económicos y un futuro estable constituye la trama de una obra de teatro titulada "Hermano de mi tierra", que presentará "Nuestra Casa", el sábado 23, a las 21, en su local de Rivadavia 889.

A tal fin, viajará a Concordia el grupo de teatro "El Ombú", de San Fernando (Bs. As.) con todos sus integrantes —que suman veinte personas— siendo quince los actores que tendrán a su cargo la representación.

Se ha señalado ya que "Hermano de mi tierra" es una obra de creación colectiva. Surgió de improvisaciones realizadas en clases de teatro, a las que tres de los integrantes dieron forma escrita. Son cinco historias paralelas con un final que se presenta a modo de propuesta de integración territorial:

El grupo de teatro "El Ombú" pertenece al Instituto Municipal de Bellas Artes de San Fernando y depende de la Dirección de Cultura de la misma localidad. Realizan funciones en clubes, escuelas, sociedades de fomento y en diversas instituciones barriales, con importante afluencia de público, que han estimado —en recientes declaraciones— en un promedio de 150 personas.

La obra que se representará en el teatro "El Galpón" de "Nuestra Casa" incluye canciones y poemas de autores muy populares, tales como Tarra-gó Ross, Los Chalchalers, Zitarrosa, Piazzola y otros.

En definitiva, se trata de una legítima inquietud de quince actores que pondrán en escena una propuesta diferente.

El placer de escribir

Por Umberto Eco

Para LA NACION - Roma, 1987

DIEZ mil originales presentados al concurso organizado por L'Espresso para cuentos inéditos: muchos han escrito que hay que desanimar, aun con rudeza, semejante proliferación. Nadie ha resultado ganador. Se ha dicho que ya no hay escritores y que estamos encaminándonos hacia la aurora de los tiempos oscuros. ¿Contradicción? No lo creo.

Es que no nos causa escándalo que haya mucha gente que toca la guitarra y, sin embargo, nos escandaliza que haya mucha gente que escriba. Y pensamos que un concurso para autores inéditos debe revelar a un escritor profesional (como lo era Segovia con respecto a tantos guitarristas que tocan para su propio placer).

El hombre es un animal inclinado a expresarse de modo desinteresado, sin fines prácticos y por el gusto de hacerlo: mediante el canto, la danza, las imágenes, la palabra y, por lo tanto, mediante la escritura. Todos, más o menos, cantan por el gusto de cantar, aun afeitándose o durante una fiesta. Pero la mayoría no anhela hacerlo en la Scala.

Muchos pintarrajean y hasta muestran a los amigos caricaturas, esbozos y aguadas; pero no aspiran a los Uffizi. Son muchísimos los que tocan un instrumento, con frecuencia se agrupan para exhibirse en un pequeño concierto, pero no pretenden llegar al Carnegie Hall. Y no se suicidan si no lo logran.

Por lo tanto, imaginar poemas, historias, páginas de diario o cartas, debería ser también algo que todos hacen, así como andan en bicicleta sin ambicionar intervenir en la Vuelta de Italia. ¿Por qué entonces quien escribe

decide que o es un Moravia o un fracasado?

Es que, después de la invención de la escritura, los escritores han rodeado su actividad de una atmósfera bermetica y sacra. Un buen cantante profesional canta también en la iglesia y en los coros alpinos; un buen dibujante suele decorar un sitio donde va a celebrarse una solemnidad, pero un poeta de hoy (a diferencia de los antiguos) se sentiría degradado si recitara versos en bodas o funerales.

En consecuencia, mientras quien canta, baila, dibuja o representa puede fácilmente exhibir en público las propias virtudes, el que escribe no puede detener a la gente por la calle y entregarle sus manuscritos.

Però esto debería hacer beneméritos los concursos para autores inéditos, en los que quien escribe por propio placer tiene ocasión de someter sus esfuerzos al juicio de un crítico o de un escritor que admira. Y estaría bien que tales concursos llevaran a la publicación de muchos de los textos más dignos, de modo que quienes practican la escritura puedan conocerse mutuamente —como hacen los músicos de jazz— y quienes se interesan por la difusión de la creatividad puedan documentarse acerca del aire que sopla.

Es, sin embargo, un equivoco pensar que un concurso para autores inéditos deba revelar necesariamente a alguien destinado a ser un escritor profesional. Idea difícil de aceptar. Me han desconcertado las declaraciones de uno de los participantes de tales concursos, que dijo haber tomado parte por odio a las camarillas literarias que se premian entre sí y cierran el camino a los ge-

nios desconocidos.

Aparte el hecho de que esa persona no advertía que estaba sometiendo su obra precisamente a una camarilla literaria, y que aspiraba a un premio, ese complejo de persecución debe depender del aura creada en torno a la escritura. Raramente quien toca la guitarra afirma que hay un complot de entidades musicales para impedirle convertirse en un Guccini.

Se ha recordado hace poco que es falsa la idea obsesiva de que las casas editoriales publican sólo a los recomendados. Las casas editoriales revisan todos los manuscritos que reciben porque están ávidas de genios desconocidos. Y recientemente hasta se las ha acusado de haberse excedido en la propuesta de talentos nuevos. Quizá no se hayan excedido, pero han hallado a todos aquellos que se podían encontrar y por eso no se presentan a los premios para autores inéditos. ¿Cuántos escritores profesionales se pretende que aparezcan en dos o tres años? ¿Y cuántos Kafka en un siglo?

En fin, el violinista aficionado no piensa que es Paganini, porque todos los mass media le repiten que para alcanzar tales cimas hay que trabajar desde los doce años diez horas por día. En cambio, aun los escritores profesionales hacen circular la idea de que se escribe de repente y siguiendo la inspiración y ninguno recuerda que también para escribir bien hay que trabajar diez horas por día. Así nacen los deseos imposibles y la gente pierde el gusto de expresarse por el gusto de expresarse.

(Traducción de Jorge Cruz)

26 de abril de 1987

2° ENCUENTRO DE MUSICOS Y POETAS EN CONCORDIA

Escribe Carlos Rossi

Daniel Curto tocaba el bajo mirando de ojito la hoja con los acordes; Esteban Morgado descargaba todo su talento sobre la Ovation; Greco prolongaba el idilio que mantiene con el fueye desde que nació; Eduardo Oliva no dejaba nada sin percutir; y a todo eso, María Silva se subía el corazón ala garganta y sacudía los baffles con su polenta, provocando el pánico de Santiago en la consola de sonido: "Esto no estaba previsto, no me avisaron nada..." El 'supergrupo' "¿Me Permite Señorita?", tal como decidieron autodenominarse, con media hora de ensayo previo subía al escenario del Auditorium a decirle chau al Segundo Encuentro de Músicos y Poetas en Concordia.

Era el final. Tres días intensos entraban en la historia de una ciudad que observaba con cierta indiferencia el hecho musical y poético tal vez más importante producido en su seno y concebido por un grupo de los que quieren decirle no al no se puede.

EL AUTOR: músico concordiente integrante del Grupo de Música Afroamericana



un principio como taller para percusionistas y músicos, terminó convirtiéndose en un aula abierta no sólo para legos en la materia, sino también para niños que participaron activamente en juegos y ejercicios rítmicos guiados por el maestro Antonio Yepes: ("No se enseña; se sugiere"). Esta sola frase define la calidad pedagógica del maestro y la humildad del que sabe, pero también del que conoce los límites del saber.

Por la tarde, Daniel Curto comenzó a desarrollar el taller de técnicas de instrumentación enganchando sobre todo a los más jóvenes con su profe-

"Aunque me des la espalda de cemento..."

Y se pudo. Con altibajos y tropiezos pero en general con un nivel superior aún al del Primer Encuentro realizado el año anterior.

El jueves 30 madrugó con el taller de Rítmica y Percusión (ver aparte el detalle de actividades). Planteado en

sionalismo y sencillez, y su particular sentido del humor sustentado por esa cara de yamiporquememiran que suele poner, descolocando a los más desprevenidos. El último día de su taller se lograron trabajos grupales con batería, cuerdas y vientos que bona-

DETALLE DE ACTIVIDADES MUSICALES DESARROLLADAS DURANTE EL ENCUENTRO

TALLERES

"Formación del intérprete y el creador (Modelos) - Walter Heinze

"Grupos Vocales" - Eduardo Gomez

"Arreglos y técnicas de instrumentación" - Daniel Curto

"Rítmica y Percusión" - Antonio Yepes

RECITALES

Jueves 30 de abril	Viernes 1° de mayo	Sábado 2 de mayo
B. Cazarré (Gral. Campos)	El Molino (Paraná)	Rodríguez-Farelli (S.F.)
R. Capellano (Bs.As.)	Juan Falú (Tucumán)	Brilla-Barcos (Cdia.)
Gary Pico (Guauguay)	María Silva (Pná.)	W. Heinze (Pná.)
Quinto Sol (Cba.)	Greco-Morgado-Oliva (Bs.As.)	Magma (Pná.)
		Grupo de Música Afroamericana (Cdia.)

ron realmente bien. "¿Pensás que a los pibes les gustó?" (Sí, Daniel, quedatetranquillo, seguro que les gustó).

Los otros talleres orientados hacia la música folklórica y vocal, satisficieron en general las expectativas de los asistentes. A Walter Heinze (Formación del intérprete y creador) ya se lo conocía por el taller que dictó el año pasado en ocasión del Primer Encuentro; y Eduardo Gomez, con su curso sobre grupos vocales, respondió a la carencia de conocimientos que hay sobre el tema en esta zona, haciendo una reseña histórica y estableciendo los orígenes de los conjuntos vocales.

Al hablar de estos dos últimos talleres, surge necesariamente el tema de los "grandes ausentes": varios de los músicos y en particular los folkloristas locales. Salvo honrosas excepciones, que por suerte las hay, no apareció ninguno de los que suelen "adornar" los escenarios de cuanto festival se programe por ahí. Nadie que esté incorporado a la actividad musical o literaria debería dejar pasar la oportunidad de participar en cursos y talleres como los que han ofrecido estos encuentros. Pero, por supuesto, cuando el llamado es para estudiar o trabajar y no para treparse a las luces de un escenario, las respuestas son diferentes (¿cómo era esa cuestión de la humildad de los que saben?).

Y hablando de ausentes, otros muy importantes: algunos medios de comunicación, que se siguen manejando con el insólito concepto de que no sólo hay que producir la noticia, sino también llevársela y esperar a que decidan publicarla o difundirla. Y decimos insólito, porque los dos encuentros realizados hasta ahora han sido acontecimientos muy importantes para esta ciudad y fueron cubiertos por periodistas de radios y diarios de Buenos Aires (Radio Belgrano, Nacional, Ambito Financiero, etc.) y otros puntos del país.

Las tres noches consecutivas de recitales dejaron en claro que hay muchos músicos en constante crecimiento y que la búsqueda y el trabajo son continuos.

La mayor sorpresa la dio, tal vez, el grupo El Molino (de Paraná), que con un integrante menos respecto de su formación habitual y con un estilo musical a veces inclasificable, deslumbró a todos y demostró, además, una notable evolución individual en cada uno de sus instrumentistas. Magma reafirmó su propuesta seria y talentosa, ahora con nuevo equipamien-

to y un sonido excelente. El trío de Greco-Morgado y Oliva (¿queda alguien en Concordia sin escucharlo?) presentó precisamente la novedad de este último músico en percusión y estrenó algunos chiches electrónicos nuevos, pero en esencia el grupo no ha variado y sigue teniendo la solidez musical de siempre. Juan Falú demostró un sobrio e impecable manejo de su instrumento y un profundo conocimiento del folklore del noroeste argentino.

Otro de los picos más altos de los recitales estuvo dado por la presencia de Ricardo Capellano, un guitarrista y compositor orientado hacia vertientes musicales y sonoridades más contemporáneas. Presentó su obra "Trama de tango", de la cual interpretó un movimiento, provocando la espontánea y casi sorpresiva adhesión de todo el público, si consideramos que este tipo de experiencias musicales no es habitual en nuestro medio.

La afinidad y correlación entre la obra de Walter Heinze y Cary Pico

(Guaaleguay) está revelando una especie de identidad que se da en varios músicos entrerrianos que, sin abandonar las fuentes naturales, transitan con talento caminos compartidos en crecimiento.

Como se pudo apreciar, el hivel general fue muy bueno y los demás músicos que participaron, como los dúos Damián Rodríguez-José Farelli (Santa Fe), Ricardo Brilla-Martín Barcos, María Silva y otros, apuntalaron con jerarquía los distintos recitales.

Antes que se apaguen las luces, nos quedamos con la última imagen de aquel "supergrupo" improvisado sobre el escenario, y todo el mundo aplaudiendo, hasta los que no fueron.

Y dejamos la reflexión final a cargo del Encuentro de Músicos y Poetas:

—Che, Concordia, seguís faltando ¿eh? Pero como dice el tanguito ese: "...aunque me des la espalda de cemento..." te seguimos esperando. Y bué, otra vez será...

SI HUBIERAS SIDO TAN HUMANO

por Alejandro Bekes

Si hubieras sido tan humano, Jesús,
como para olvidarte alguna vez de que eras el elegido,
si hubieras tenido que faltar a la palabra dada
y ofendido sin querer, sin advertir la mano inútilmente tendida,
si te hubiera oprimido la nostalgia
y hubieras visto en el suicidio la única escapatoria,
si un perro en la noche te hubiera aterrorizado
y hubieras huido sin justificación, por simple y llana cobardía,
si un vaso de vino te hubiese hecho perder el dominio de tus
piernas y de tu lengua,
si muchas veces hubieras mirado a una mujer para codiciarla,
sin por eso arrancarte el ojo derecho,
si hubieses dejado de pagar una deuda por mera disidia
y te hubieran acusado de haragán, de informal, de inmaduro,
si hubieras sido esclavo de placeres mezquinos
y sentido impaciencia por el goce que se demora
y un dolor físico te hubiera reducido a la miseria
y la miseria te hubiese visitado todos los días y ante ella
te hubieras sabido débil
y te hubieras humillado sin necesidad y todos hubieran visto
tu baja,
si no hubieras sido grande, sino pequeño, vil, lamentable,
si hubieses tartamudeado ante el sumo pontífice, avergonzando
a los que te querían,
y Judas se hubiese reído de tu suplicio
y a pesar de todo te hubieras engrandecido
sacrificando no tu grandeza, sino tu precariedad, tus mínimos
afectos, tu lugar en la mesa, tus libros,
sacrificándote a pesar de no ser digno,
sacrificándote inútilmente,
apostándolo todo a una carta perdida,
entonces, Jesús, te habría seguido,
te habría seguido sin dudar, entero, de corazón,
hasta el pie de la cruz, hasta la cruz.

Poema leído en el 2º Encuentro de Músicos y Poetas

Poesía en voz alta

Escribe Alejandro Bekes

La actividad específicamente literaria del Encuentro comenzó con cierto desaliento, debido a la ausencia de los dos coordinadores de talleres que habían sido invitados (María Esther de Miguel y Atilio Castelpoggi), que casi a último momento (una semana y un día antes, respectivamente) anunciaron que no podrían concurrir. No obstante, el día jueves se realizó un taller de poesía que contó con la presencia de Leonardo Garete y María Cristina Reyes (Salto, ROU), Daniel González Rebolledo (Gualeduay), el actor e intérprete de poesía Horacio Gramajo (Córdoba), los miembros del Taller Literario Municipal y público de Concordia.

El viernes 1° de mayo, por la tarde, presentaron un trabajo de poesía musicalizada los santafesinos Damián Rodríguez Kees (pianista y compositor)

y José Farelli (músico y actor); se trata de parte de un espectáculo que incluye, además, dos cuentos (uno de ellos, "Un bombo que suena lejos", de Humberto Constantini, con representación escénica y piano en vivo, fue realizado durante el recital de música del sábado); pero esta primera presentación se limitó a la lectura de dos poemas (de Neruda y Benedetti) con audición de la música en grabación. El intento, completamente ajeno al género canción, trata de eludir la idea de una "música de fondo", para buscar una integración donde, conservando sus individualidades, texto y música se comenten uno a otro sin subordinarse entre sí. La experiencia es muy interesante, en especial por la música, compuesta por Damián Rodríguez Kees. Para el poema de Benedetti (quizá el mejor logrado) se han utilizado instrumentos no convencionales, como, por ejemplo, una máquina de escribir (el texto es el monólogo o-



Portada de "Voces Nuevas II", presentado durante el 2° Encuentro de Músicos y Poetas en Concordia.

INTEGRACION DE MUSICA Y POESIA:

Debate, acordes, acuerdo

¿Tenemos derecho a lamentar que no puedan ser grabadas las emociones como se graban los sonidos? Ahora, mientras escuchamos la grabación del taller con que concluyó la fase "didáctica" de nuestro II Encuentro, ¿cómo volver a respirar su atmósfera de concentración y de agrado espacioso, en torno de un tema querido; la asociación, más o menos libre, de las dos viejas y jóvenes musas que nos auspiciaban? Queremos decir que escuchar el cassette es algo diferente; en los discursos de cada uno de los expositores, al reescucharlos, surgen abismos, sombras y destellos, momentos de exaltación, objeciones, elusiones, saltos abruptos de la intuición que no siempre cuajaron en un mensaje claro... Pero hay algo que persiste: aquel clima de creación colectiva, de descubrimiento paulatino y recíproco de la verdad, de arquitectura ideal que levantamos entre todos, oyentes y hablantes, y que, si no obtuvo una definición perfecta, encontró en cambio su cúpula, su aguja gótica, en el "Triste España" que entonó, al finalizar, el coro Tahir Mapu, como corroboración de todo lo dicho sobre la posibilidad de reintegrar y reidentificar la palabra y la música.

Cuatro expositores dieron forma a este taller conjunto: Antonio Yepes (percusionista), Eduardo Gómez (conjuntos vocales), Walter Heinze (folclorista) y Daniel González Rebolledo (poeta); participó, como queda dicho, el coro de la UNER, además de los músicos y poetas y los amigos del Encuentro. Damos, a continuación, una síntesis —que no puede ser sino "nuestra" síntesis— del taller.

Dos líneas bien marcadas surgieron, en seguida que esas cuatro voces se hicieron oír. Una, filosófica, sus-

tentada por Yepes y Gómez. Otra, más práctica, en la que se ubicaron Walter Heinze y González Rebolledo.

El maestro Yepes comenzó afirmando que la música y la palabra tienen un origen común y que el himno, entendido como invocación y alabanza, fue su primera y conjunta manifestación.

A esta tesis opuso Eduardo Gómez que la palabra (con una función utilitaria) es muy reciente en la historia de la humanidad. La música, en cambio, es incluso anterior al hombre mismo; mejor dicho, aunque la música es un lenguaje humano, parte de la imitación directa de la naturaleza.

Entonces Yepes: "La palabra es utilitaria, es concepto, es un valor de cambio para entenderse. Pero desde el punto de vista musical, la palabra ¿es solamente lo que representa? ¿Y el sonido de la palabra...? Lo que suena dentro de la palabra ¿qué es?"

Esta observación dio pie a Gómez para recordar el uso musical (fonético) de los vocablos, por ejemplo, en "Sensemayá", de Nicolás Guillén. Allí la mera repetición de la palabra establece un ritmo.

Antonio Yepes reafirmó, entonces, su teoría: "...la palabra y la música son, en sus raíces, en Sensemayá, una sola manifestación". Y Gómez forjó la síntesis: la palabra "utilitaria" es reciente, pero el lenguaje, como expresión artística, puede haber nacido junto con la música.

La faz "práctica" del taller fue la que, finalmente, alcanzó un mayor desarrollo, se enriqueció con los aportes de los cuatro expositores y del público. Vamos a citar algunas ideas que surgieron:

primido de un oficinista).

El mismo viernes, a las 20,30, se presentó en la planta alta del Museo de Artes Visuales la segunda antología publicada por el Taller Municipal, titulada "Voces Nuevas II". Esta selección incluye piezas líricas y narrativas y amplía, en ese sentido, la experiencia de la primera "Voces Nuevas", editada en 1984. La profesora Giovanna Comani de Garayalde, coordinadora del Taller, presentó la antología, agradeciendo la participación de plásticos locales en la misma, y luego invitó a los autores a leer un trabajo; algunos de ellos se refirieron previamente a la experiencia recogida en el Taller.

Los autores que publican en esta edición son Marcelo Franco, Pablo Bekes, Mariano Perez Carranza, Ana Lanzani, Violeta Cebino, Graciela Berte-rame de Tamaño, Claudio Donati y quien esto escribe. En ausencia de algunos integrantes, se solicitó a Horacio Gramajo que leyera algunos poemas. Es importante destacar la actuación de este intérprete cordobés, que además de la colaboración menciona-

DESDE EL ARBOL por Daniel González Rebolledo

Quiero servir de abono a una semilla,
de esas en que la planta tarda años.
Tregar en sangre desde las raíces,
florecer íntegramente
al luminoso milagro de los días.
Cantar con el aire entre las ramas,
ser reposo fugaz de musgos y alas.
Después del tronco están los brotes

—me diré—

cuando ya viejo el árbol
se fatigue de tanta madera y tanto fruto,
y si el mundo del hombre
aparece en el hacha,
por la savia derramada y olorosa
gemiré en espíritu de árbol
o me alejaré raudo,
en vuelo reluciente del pájaro más joven.

EL AUTOR: gualeguayense,
reside en San Salvador. El
poema pertenece a su libro
"Treinta y cuatro".

Poema leído en el 2° Encuentro
de Músicos y Poetas

:: En cuanto a la forma de integrarse, la canción es el género en que letra y música confluyen. Puede lograrse de varias maneras: musicalizando un poema, poniéndole letra a una música, o creando al mismo tiempo las dos; al respecto, Heinze mencionó la "simbiosis" perfecta lograda, por ejemplo, en el cancionero de Juan del Encina, en el Renacimiento, cuando músico y poeta eran una misma persona. Y González Rebolledo, de su experiencia personal, sugirió, como la posibilidad deseable, el trabajo conjunto, simultáneo, de músico y poeta, sin que ninguno de los dos se "subordine", sino que se logre una "comunidad de almas".

:: Hay una poesía, cercana al origen común, que es más apta para ser musicalizada o que, incluso, "no se sostiene" sin la música; en cambio, paralelamente ha evolucionado una poesía más intelectual, que puede prescindir de la música. Al respecto, Yepes expuso la gran diferencia entre las lenguas antiguas (el griego, por ejemplo) y las modernas; aquellas eran más musicales, poseían alturas, entonación y ritmo fijos, lo que les otorgaba un carácter melódico. En cambio, en las lenguas actuales aumentan las posibilidades significativas, y se empobrecen las correspondientes musicales, "pero no mueren".

:: La música también "dice", no sólo "suena". En una canción, la letra debe "traducir" el mensaje sin conceptos de la música.

:: Gómez citó tres momentos de la "Pasión según San Mateo", de Bach —la Crucifixión, el Llanto de María y la Muerte— donde el compositor alemán logró, aún manteniendo una estrecha correspondencia con el texto, "darle a lo estrictamente musical una categoría igual a la del texto".

:: Heinze propuso la tesis "platónica" de que habría una música para un texto dado; esta idea fue bastante controvertida, objetándose que resultaba demasiado absoluta.

Heinze, entonces, admitió que esa fusión total quedaría, más que nada, como una meta, una "ambición de absoluto".

:: Cary Pico dejó, como propuesta final para este II Encuentro, que músicos y poetas trabajaran unidos en busca de una identidad, a partir de la integración. Esta moción concitó la adhesión inmediata del público.

Como ejemplo concreto (y "fresco") de todo lo que se venía diciendo, Yepes presentó un trabajo que había logrado, horas antes, con un grupo de adolescentes ("y no tan adolescentes"), a partir de un juego literario. En forma colectiva, los participantes crearon un pequeño poema, al que inmediatamente musicalizaron. Es decir, entre todos compusieron letra y música. Lo interesante fue que, aunque más brevemente, Yepes reprodujo, revivió, la experiencia con el público presente. Nos hizo leer en conjunto para descubrir las constantes rítmicas del lenguaje oral. Nos mostró la unidad rítmica y temática de ese texto. Hizo cantar a los que habían creado la melodía, y nos hizo ver de qué manera la línea melódica respetaba las reglas básicas de la composición.

"Yo creo que esa vinculación, esa identidad —concluyó Yepes— queda patentizada en este jueguito con los chicos. Y ese era el tema".

De esta manera, casi matemática, terminó la exposición y se dio lugar al canto del coro. "Triste España", cuatro versos y una música de Juan del Encina, una canción, una emoción que tiene más de quinientos años, nos suspendió por unos minutos inolvidables:

Triste España, sin ventura,
todos te deben llorar.
Despoblada de alegría,
para nunca en tí tornar.

Música y poesía, juntas, como siempre.

LUCRECIA LESSA
ALEJANDRO BEKES

da, leyó y recitó poemas durante los tres recitales de música, a partir de una sugerencia de Rodolfo Taubas, de incluir la poesía entre los números musicales, como forma de buscar una auténtica integración. Gramajo realizó sus interpretaciones con gran fuerza y consiguió una cálida acogida por parte del público.

El Encuentro logró su culminación, sin duda, con el taller integrado de músicos y poetas (ver nota aparte) y, en lo específicamente literario, con la lectura de poemas, el sábado por la noche. A diferencia de otras lecturas similares, se prescindió aquí de mesa y micrófono, se invitó a leer a todos los presentes, incluso a los músicos (María Silva, que leyó una canción de cuna, y Cary Pico, quien sorprendió con un poema magnífico titulado "Espantapájaros"). Se creó así un clima de atención y amistad que convirtió la lectura en una verdadera fiesta. Además de los nombrados, leyeron los poetas Néstor Arnaudín y Daniel González Rebolledo (Gualectuay), Teresita Guignard (Chajarí), María del Pilar Gallardo (Salta), Marta Petrich (Paraná), María Teresa Iribarren (Buenos Aires), Marta Zamarripa, Juan Meneguín, Claudio Donati, Adrián Ledesma y el que escribe (Concordia). Gracias a (no a pesar de) la informalidad y aún la improvisación que caracterizaron esta lectura, la poesía dejó de ser allí un puerto cerrado o un código hermético; fue, durante esos cuarenta minutos (y quizá durante todo el Encuentro) lo que siempre ha tenido vocación de ser: voz alta, comunicación, participación y amistad. •

LLUEVE por Néstor Arnaudín

llueve
sobre las flores rosadas de los árboles
llueve
incomprensiblemente
llueve
sobre mi soledad de estudiante enclaustrado
llueve
y con la voz persuasiva
del agua
me desmiembro
y
caen
mis brazos y mi boca
cae
caen
mis ojos como piedras húmedas
caigo
sobre el papel desierto
como un racimo maduro
caigo
en el patio de los versos
sobre la sed de las paredes
sobre la flor rosada y fresca del silencio
caigo
caigo
incomprensiblemente.

Poema leído en el 2º Encuentro
de Músicos y Poetas

EL AUTOR: poeta gualeguayense,
reside en Paraná.

Poema leído en el 2º Encuentro
de Músicos y Poetas

DEL OTRO LADO DE LA PARED por María Iribarren

Un sol espeso y
conspirador
se distribuye en la siesta
habitada de murmullos
y herejías
que apenas logran
aminorar su coartada.

Un pretexto de sedas
y puntillas
se desvanece y yace
sobre la alfombra del cuarto.
El hombre
desparramó su certidumbre irritada
sobre una mujer continental que lo
demora.

Extraña secuencia
la del amor,
tan semejante al antojo
imprevisto de la muerte.

LA AUTORA: poeta de Buenos Aires.
De "Una mujer abriendo la puerta"
(poemas y otras memorias).

Jacques Prévert: IDEALISMO Y AUTOCRITICA

Escribe Francisco Tomat-Guido

El mundo de Jacques Prévert se presenta como un caso muy peculiar de lo que podríamos llamar poesía contingente, la de aquí y ahora, poesía tan del presente que cuando aparecen el pasado y el futuro no lo hacen conservando sus específicas dimensiones, sino derramándose en el instante actual, es decir, convertidos ellos también en presente.

Prévert no se pregunta sobre las esencias, no acepta las abstracciones mentales, la trabajada elaboración de ideas filosóficas que resultan la contrapartida de lo que perciben nuestros cinco sentidos corporales. Su interés se centra en lo visible, en el aspecto más opaco, más burdamente material de la materia; todo lo cual determina las características de una poesía decididamente exterior, superficial, plástica, sin que por lo superficial debamos entender que se trata de una poesía con poca hondura significativa o de captación fácil. Precisamente, a raíz de esto último, tropezamos con grandes dificultades de interpretación, doblemente riesgosa porque la trampa misma de que ahora se vale el poeta es la diáfana entrega desnuda de sus significados.

Acostumbrados a un tipo de poesía sugeridora, evocativa, conjugadora de paisajes suprasensibles, nos sentimos tentados de generalizar una suerte de buceo interior, de desbrozamiento de intenciones significativas escondidas, y a la vez, reveladas por la palabra poética.

Puesto que las relaciones son la materia de su poesía, entre las infinitas modalidades del personaje preferido de sus poemas, el hombre, elige al hombre social, al hombre más exterior, el hombre de la calle, pero en una calle populosa, calle céntrica, de gran ciudad.

La filiación de Prévert con el surrealismo se limita, en realidad, a algunas de sus tendencias y técnicas generales, pero en lo sustancial es más cierta su vinculación con los clásicos universales que desde la antigüedad zahieren a la sociedad con burlas, con los recursos dislocados del circo, con aquellos particulares choques entre realidad y fantasía que sólo resultan patéticamente ridículos. Prévert es surrealista por su manifiesto estar a favor de la libertad indivi-

dual, una libertad anárquicamente entendida, pese a sus esfuerzos por ubicarse en una postulación social menos caduca o más viable que el anarquismo. Pero su individualismo no lo conduce a una poesía de rupturas internas de la realidad. El cambio radical se opera en el ascenso de la fuente de inspiración poética, del inconsciente a la conciencia.

Los procedimientos del orden real son, en el surrealismo "ortodoxo", los mismos que emplea nuestro común inconsciente. Es una ruptura complicada en el interior del poeta y que, por tanto, ofrece, al salir a la luz, en forma de poema, el espectáculo de cómo

se van desquiciando los resortes interiores de la realidad externa.

Un acercamiento al Quijote nos servirá para destacar la original reversión que Prévert hace del modelo clásico. En esta poesía el Quijote está representado por la sociedad (porque es ella quien hace las cosas absurdamente increíbles; es ella quien vive en atmósfera de fantasía); la verdad, en cambio, en su sentido profundo, está ahora de parte de Sancho (porque es él quien le revela la realidad concreta; por su boca el poeta denuncia que cuando la sociedad se llena la boca con grandes palabras idealistas, sus actos son destructivos).

Demodo que real es el punto de vista individual del poeta: sensato, realista, Sancho lo es, contrariamente a su pariente clásico, no por creer sólo en lo que sus ojos ven (feliz entrega de una sociedad a orgías destructivas de las que disfruta como si se tratara de una fiesta), sino porque ve la maldad donde hay maldad y bondad donde hay bondad. La locura de Quijote no es intrínsecamente absurda. El bien, la belleza, la verdad, existen en sí mismo. Son vanas fantasías cuando se los pretende insuflar como resortes operativos de la sociedad. Quijote muere como sacrificado, como víctima, no de la sociedad, sino de su pretensión de imponer tiránicamente sus sueños. Pero la verdad muere con él.

Prévert nos cuenta la segunda parte de la historia: la de un siglo XX que se acostumbra a soportar sueños colectivos. Cuando el lenguaje idealista, el compromiso con la utopía del bien se vuelven moneda de intercambio de las muchedumbres y dejan de ser excentricidad de un solo soñador para volverse patrimonio de empleo verbal impúdico: declaración, discurso proclamado por todos, el resultado no es la automática conversión de un sueño en realidad buena. El sueño no se vuelve más real porque lo sueñan muchos. Es tan impracticable como antes; tan igualmente fantasía.

Prévert nos entrega, insisto, toda esta segunda parte del Quijote clásico. Poesía de contrapartida, de revés de la trama; poesía antipoesía acorde con la visión escéptica de la primera mitad de nuestro siglo, pues, inevitablemente, la única conclusión que puede extraerse de acontecimientos históricos particularmente aniquiladores es la de una imposibilidad ingénita de poner en marcha una práctica colectiva de resortes sólo constructivos. Por eso Prévert nos habla de un Diabolo. Pero eso ya es materia para otra nota. ●

Teatro

COMO LO ENSEÑÓ EL "MAESTRO"

STANISLAVSKI

OBRAS COMPLETAS

el trabajo del actor sobre si mismo

EL TRABAJO SOBRE SI MISMO EN EL PROCESO CREADOR DE LAS VIVENCIAS

Libro CLUB

Galería
Entre Ríos
Local 36
Concordia



Clases de animales

Para hacer más fácil el estudio de los animales, los científicos han hecho una clasificación. Una clase de animales está formada por animales parecidos en muchos aspectos importantes. Hay muchas clases de animales y cada una de ellas tiene su nombre. Cada especie de animales pertenece a una de estas clases. Estas páginas muestran las especies de animales que pertenecen a las clases más importantes.

Mamíferos

Si un animal bebe leche cuando es pequeño y tiene pelo en su cuerpo, pertenece a la clase de los mamíferos.

la obra más útil para
los pequeños,
que aprovechan
los mayores



Comprueba por ti mismo por qué tiene fases la Luna. Todo lo que necesitas es una linterna potente, un balón grande y una habitación a oscuras. La linterna hace las veces del Sol, el balón es la Luna y tú serás la Tierra.

Al cabo de un par de días la Luna se desvía lo bastante hacia un lado para que podamos contemplar un pedacito de su cara iluminada por el Sol. Desde la Tierra este pedazo parece un arco de creciente. A esta fase la llamamos creciente.

A los siete días la Luna se ha desplazado lo suficiente como para que podamos contemplar la mitad de la cara que se está iluminando por el Sol. A esta fase la llamamos Luna llena.

Después la Luna se va corriendo en este momento la Luna se ve en un aspecto diferente. A esta fase la llamamos menguante.

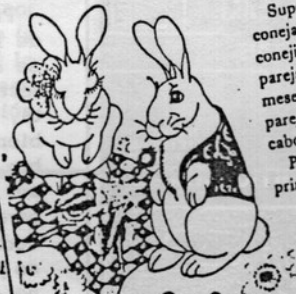


EL MUNDO DE LOS NIÑOS

La extraña fila de números

Un matemático ideó una vez un rompecabezas de conejos. Era así. Supongamos que tienes un conejo y una coneja. Todos los meses, tu pareja tiene un conejito y una conejita. Supongamos que cada pareja de conejitos se hace adulta en dos meses, y que cada mes tiene a su vez una pareja de gazapos. ¿Cuántos conejos habrá al cabo de un año?

Puedes intentar averiguarlo con facilidad al principio. Primero hay dos conejos.



Al final del primer mes los dos conejos tienen una pareja de gazapos. Ya tenemos cuatro conejos.



Pasado el segundo mes, la primera pareja tiene otros dos gazapos. Ahora tenemos seis conejos.



—Pues más vale que te calles. Entonces el gato le preguntó: —¿Sabes arquear el lomo y ronro. —No. —Pues no debes exponer tu opinión sensatas.

El patito se apartó a un rincón, de luz del sol y un aire fresco entraron a tor dió tal deseo de nadar que no pudo por a gallina.

—¿Qué cosas se te ocurren! —gritó ésta nada que hacer, te dan esos antojos! Pon l y verás cómo se te pasarán.

—¡Pero es tan agradable tirarse al agua! mergir en ella la cabeza y zambullirse hasta e

—¡Ah, sí! ¡vaya placer! —replicó la gallina— dido el juicio. Pregúntaselo al gato, que es el se conozco; pregúntale si le gusta tirarse al agua e quiero hablar de mí misma. Pregunta a nuestra tiene más experiencia que ella. ¿Crees que siente nadar y dejarse ir al fondo?

15 volúmenes



Con la garantía SALVAT

Libro CLUB

Galería
Entre Ríos
Local 36
Concordia

ENRIQUE

Un cuento de
María Pilar Gallardo

Son las once y pico y vuelvo a casa apurada, como siempre; tengo que llegar a hacer algo, no me acuerdo qué. Acabo de cruzar el primer pasaje, y en ese momento el rubio me sale al paso.

—¿No lo has visto a mi hermano?

Me invade un pánico muy poco cristiano. Un niño perdido es lo que menos quiero encontrarme hoy, o cualquier otro día de mi vida. Pero ya me he detenido, y mi tiempo también, parece.

—No, no lo he visto.

—Ah.

Tiene el pelo cayéndole sobre los ojos, y la cara y las manos sucias. Pullover verde, enterito azul y campera roja. No me llega a la cintura, y las palabras no le salen todavía muy claras entre los dientes de leche.

—¿Y vos dónde vivías?

—En Tres Cerritos —le entiendo, pese a lo difícil de las erres.

¡Tres Cerritos! Una hora en ómnibus "directo". Se llega más rápido haciendo "transbordo" de una línea a otra.

—¿Y con quién has venido aquí?

—Con mi hermano Julio y mi hermana Teresa.

Esto es grave. No puedo imaginarme que alguien deje aquí a una personita de este tamaño, salvo que sea a propósito.

—¿Y ellos dónde se han ido?

—Mi hermana Teresa se ha ido para allá —amplio gesto con el brazo— y mi hermano Julio se fue a la terminal a hacer un mandato.

—¿Y te dijeron que los esperés aquí?

—Sí.

—Y bueno, esperálos aquí, entonces.

Se me pasa por la cabeza la idea de irme. Pero no me consta que vaya a quedarse donde está. Podría llevarlo a la seccional, pero el tal Julio o la tal Teresa podrían volver, después de todo.

—¿Qué tiene el caballo ahí?

Miro hacia la calle; un caballo viejo y mal alimentado pasa, tirando de un carro ya vacío.

—¿Dónde?

—¡Ahí! —el rubio no sabe que sus allá y sus ahí requieren una traduc-

ción más precisa que sus abanicantes movimientos.

—¿Aquí, al lado de los ojos? —olvidada la dignidad de mi edad y mi aspecto, pongo mis manos extendidas a los costados de mi cabeza.

—¡No! Ahí, en la panza.

—¿Ese cinto que tiene así? —y me coloco una cincha imaginaria, o como sea que se llame.

—¡No! ¡Adentro de la panza! —se impacienta. Qué duros, estos mayores.

—Tiene lo mismo que vos.

—¡No! —sonríe y sacude la cabeza. No me tomés el pelo, che.

—¡En serio! Tienelo mismo que vos, nada más que él lo tiene más grande. Ahora está convencido, y satisfecho.

Aquí hay algo que no pega. Este no es un chico perdido ni abandonado. No tiene miedo, tiene curiosidad. Además, no es de la clase de chico que se pierde o se abandona. Es rubio y de cutis claro. Sí, tiene la cara sucia, pero eso se debe a su edad. El, ajeno a esas complicaciones de adulto, sigue con la vista al carro que se aleja.

—¿Por qué le pega?

Pienso. No puedo decirle que le pega porque el hombre es una bestia en dos patas, que es incapaz de entenderse con sus semejantes, y que no se puede esperar que se entienda con sus "inferiores".

—¿Por qué le pega?

—Para que se apure —contesto de mala gana.

—¿Y si le pega se apura?

—Sí, se apura para que no le pegue más —qué cruel que suena—. Al caballo no le gusta que le peguen. Si se apura, no le pegan más. ¿A vos te gusta que te peguen?

—¡No!

—Bueno, al caballo tampoco.

—¿Y por qué no camina rápido?

—Porque se cansa. El carro es pesado.

—¿Y no lo puede llevar?

—Sí, sí puede.

—¿Por qué se cansa, entonces?

—Lo puede llevar, pero no mucho tiempo.

El se calla un ratito. Yo vuelvo a mis ideas adultas.

—¿Vos cómo te llamás?

Demasiado personal, vieja. Demasiado directo. Se sonríe y no contesta. En la vereda de enfrente, un caniche negro se separa de sus amas preadolescentes y corre en persecución del caballo, ladrando.

—¿Por qué lo corre? ¿Está enojado?

—¿Con el hombre?

—Sí.

—¿Porque le pega al caballo?

—Claro —claro, tonta.

—No; lo sigue al caballo, por jugar.

El carro se pierde de vista. Desaparece de sus ojos y también de su mente.

—¿Vos no lo viste a mi hermano Julio?

—No.

—¿No lo viste por la calle por donde venías?

—No... no sé, no lo conozco.

—¿Cómo no lo vas a conocer? ¡Te digo que se llama Julio!

Lógico; ¿o no?

Las chiquilinas, por rescatar al caniche, han dejado la bolsa con las compras atrás, en la vereda.

—¿Esa es su bolsa?

—Y... sí, debe ser.

—¿Y a vos no te gustaría agarrarla?

—No. ¿Cómo la voy a agarrar? Es de ellas. Yo tengo la mía en mi casa.

Como argumento moral, éste parece más un razonamiento suyo que uno mío.

—¿De qué color es tu bolsa?

Podría contestarle al tuntún, pero, no sé por qué, es importante decirle la verdad. Cuento con los dedos.

—Tengo una roja, otra azul... una verde, y una naranja.

—¿Así, como ésa? —la bolsa de las chicas tiene muchos colores.

—Sí, pero la mía tiene las rayas paradas —"verticales" habría sido la palabra correcta, pero ésa era la justa, medito mientras dibujo las rayas de mi bolsa en el aire.

—¡Ahí viene mi hermano Julio!

Me doy vuelta, sorprendida. Desde el monobloque cruzan dos muchachitos de 9 a 10 años. Entran en el jardín y llaman al pasar:

—¡Enrique!

El rubio los sigue, y me mira desde el otro lado de la puerta de rejas, a modo de despedida.

—¿A quién busca, señora?

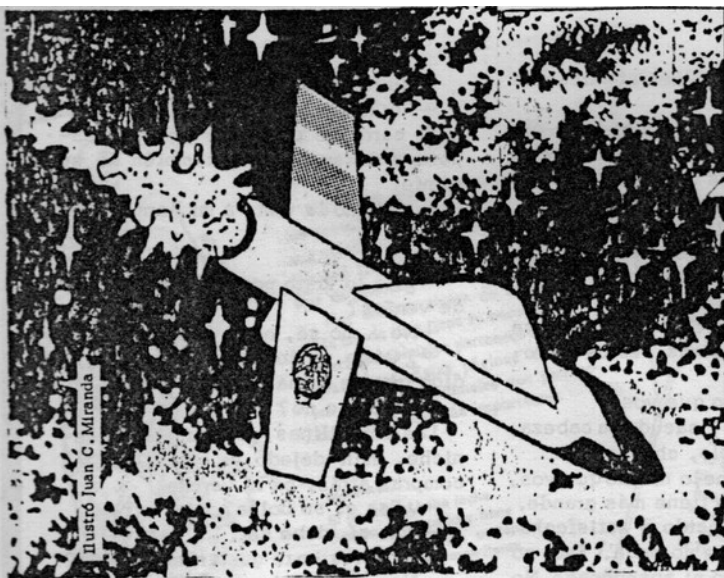
—A nadie. Él estaba solo en la puerta... estuvimos charlando.

No sé qué puedo decir, y antes de terminar me voy.

—Ah —dice el muchachito más grande.

Vuelvo a mi mundo de razonamientos razonables, de horarios y de apuros. Veo que han pasado diez minutos. Hacía mucho que no le dedicaba tanto tiempo a una sola persona.

Ojalá pudiera tener yo un amigo que me hablara con las palabras que yo entiendo y que tenga todas las respuestas que necesito. Ojalá pudiera gozar de él por diez minutos y después olvidarlo sin tristezas. Pero yo tiro de un carro de nostalgias y desconfianzas, y la vida no deja de pegarme, por más que me apure. ●



EL ATEO

Un cuento de Luis María Medina

PODERES PROPIOS

Caído entre las horas que se llevan mi vida
tengo el alma gastándome la boca
sin que nadie pregunte su destino...
Esta verdad que relato no es mi culpa:
mis ojos miran sobre la tierra,
caminan por el fondo de copas y vestidos
mostrándome lo que queda más allá de mi sombra
No importa si el pan que gano
recorre un frío éxodo,
si el pájaro que cae en mi corazón
va a morir mañana agrietado por el fuego,
o si la sangre, como un hilo fantasmal,
pedirá a mi cansancio su luz anochecida.
No, no es esto, ni pensar tampoco que mayo
se llena de campanas, que una fábula quema
el amor hasta morir, ni que tú, alma,
te me vas por un muelle de ternura
pidiendo a mi cansancio la luz que ya anochece,
mientras golpean lluvias de palabras,
mientras tu pecho es un perfume mojado,
y procrean por igual hambres indescifrables
gastadas en la experiencia y sus frutos.
Si estoy así no quiero creer ni pensar
que los hombres tienen la culpa...
Al fin, siempre tenemos la sombra del día
por la fe, la destreza de purificar el barro,
de pensar que todo mañana será mejor,
[porque debe ser mejor], si nuestra piel se gasta
entre viejas cosas y canciones nuevas
en una dichosa y tendida línea humana...
Pero hoy, de pronto,
me ha besado la calle. Y su reclamo, así,
tan de entrecasa,
me ha dejado más triste, más pensativo,
como un junco en el atardecer...

Francisco Tomat-Guido

Yo era tan solo el cura del pueblo donde estaba emplazada la base de lanzamiento. Como la religión siempre ha tenido un papel preponderante en la vida de los argentinos, me incluyeron en el equipo con carácter de asesor espiritual. No sé si por verdadera fe o por temor al más allá, que muchas veces se confunde con aquella. Lo cierto es que me encontré integrando el Comité Ejecutivo del Proyecto Odisea, lo más ambicioso, pasada la primera década del siglo XXI, que había encarado el gobierno de este país.

El Proyecto Odisea consistía en el lanzamiento de un cohete espacial tripulado hacia la Luna, a la que circunvalaría durante dos o tres días —no recuerdo bien cuanto tiempo— y volvería a la Tierra. En el concierto de las naciones, adquiriríamos algo así como derechos de pioneros, aún cuando no tocáramos su superficie. Como había ocurrido con las expediciones que algunos países habían enviado a la Antártida, en otros tiempos, para quedarse con un pedazo de terreno.

En el seno del Comité conocí a los demás integrantes. El presidente, Fermín Serrano, era un burócrata nato, sin título alguno, que había sido designado por su labor en el partido, premiándolo con un excelente sueldo. Había también tres o cuatro ingenieros, un biólogo, un abogado y una profesora de no sé qué. Ellos eran, en realidad, los que sabían lo que hacían. Por último, un contador, que llevaba muy bien todo lo relativo a la administración.

Nunca supe cual era mi papel, pues ninguno de ellos requería asesoramiento espiritual. Nos reuníamos en aquella oficina que parecía salida de la pluma de un escritor de ciencia-ficción del siglo anterior y yo permanecía callado mientras los demás aportaban datos, cifras, progresiones, diagramas, estadísticas, etc. Todavía recuerdo cómo me maravillaba ante la larga mesa de un solo pie central, rodeados de intercomunicadores que nos unían con el resto de las dependencias de la base, y teléfonos con líneas directas al exterior, cómodamente instalados en asientos de material flexible que se amoldaban a las curvas del cuerpo. Sin intentar comprender, observaba los enormes paneles que por control remoto proyectaban fotografías del espacio, planos de trayectorias y todo lo que era necesario para un conocimiento cabal del proyecto. Cuando regresaba a mi capilla, que no contaba, por supuesto, con todos esos adelantos, me preguntaba

ba si mis compañeros del Comité se consideraban más cerca de Dios que yo. Nunca lo supe; nunca hablamos de Dios.

Pero, sobre todo, me asaltaban las dudas respecto de mi utilidad en ese Comité. Llegué a creer que se debía —mi inclusión— al capricho de algún burócrata a quien le encantaría un toque de religión en ese ambiente aparentemente tan alejado de ella. Pero me sirvió para experimentar que los caminos del Señor son inescrutables. Lo aseguro yo, el padre Andrés.

La persona más importante, lógicamente, era Lucas, el hombre que tripularía la nave espacial y la traería de regreso. Nos conocimos en una cena organizada por Serrano, precisamente para presentarlo a los demás integrantes.

No importa si ése era o no su verdadero nombre. Llamémosle Lucas. Fue el único hombre que aprendió tanto en tan poco tiempo... y pudo confesarlo. Era alto, robusto, cercano ya a los cuarenta años. Había crecido entre computadores. Práctico, frío, analista deductivo que creía sólo en lo que veía y podía comprobar, descoló en sus estudios y entre sus colegas. Por eso —y quizá a pesar de eso— había sido designado para tripular la nave. Estaba solo en el mundo. Como yo.

Y Lucas fue el primer sorprendido por mi inclusión en el Comité.

—¿Un sacerdote en el equipo? —preguntó mientras nos estrechábamos las manos—. ¿Para qué?

—Es una decisión del gobierno —aclaró Serrano.

—Para ayudarlo a comprender la grandiosa obra del Señor —inventé yo.

—No me opongo a que forme parte del equipo, padre —condescendió amablemente—. Pero no pretenda darme sermones. La ayuda espiritual tal vez sea oportuna para algunas personas. Para mí, basta un psicólogo.

Y aunque el aire de la oficina pareció enfriarse, el silencio general que se hizo entonces fue roto por el mismo Lucas.

—Soy ateo, padre. O mejor dicho, lo que ustedes llaman así. Yo creo en el hombre.

—En una palabra, usted tiene fe en el hombre.

—Exacto. Y usted tiene fe a secas.

—Y cuando el hombre se equivoca ¿en qué cree?

—Siempre en el hombre que investiga. Está demostrado que la ciencia avanza ¿no? Las enfermedades se curan, los desiertos se cubren de plantas, hay piedras en el cielo...

—También avanza la tecnología de la guerra.

—Propio de la naturaleza del hombre: un animal evolucionado que aprende a defenderse. Empezó con el garrote.

—También empezó adorando al sol.

—Y al fuego, padre, no lo olvide. Ambos le daban calor. Pero al fuego lo hace el hombre, lo utiliza, y se puede ver y explicar.

—¿Y al sol?

—Se puede deducir. Y se sigue estudiando. Hoy sabemos mucho más sobre él.

No pudimos continuar. En realidad, todos querían conocer a Lucas. Era el hombre del momento.

Sin embargo, llegamos a trabar una verdadera amistad. Recuerdo las largas charlas mantenidas con posterioridad, después de las reuniones o cuando nos encontrábamos casualmente en el pueblo cercano a la base. Trabajamos amistad porque nos atraían nuestras discrepancias. La falta de creencias de Lucas se estrellaba contra mi vigorosa convicción.

—¿No tenés miedo, Lucas? —le pregunté un día.

—¿A qué? ¿Al espacio? Desde el punto de vista religioso puede llegar a ser aterrador. Desde el ángulo de la ciencia y la tecnología, hemos construido una nave que habrá de atravesarlo. Conozco la nave y los errores que pueden surgir son factibles de corrección.

—Un error de cálculo puede llevarte a vagar por el espacio sin posibilidad de retorno.

—...si el error no se descubriera a tiempo. Pero con los controles que existen hoy, diría que es imposible. Como en su especialidad, padre: uno peca con gusto, se confiesa y queda limpio.

Rió francamente de su propia broma.

—Siempre que exista arrepentimiento, Lucas. No lo olvides —le dije suavemente.

En otra oportunidad, charlábamos en la oficina de Lucas, un cuarto de tres metros por tres, en la base. El escritorio, las sillas y los armarios —de metal y plástico de tonos claros— brillaban tanto como el piso y los amplios ventanales.

—Usted es como un niño, padre —afirmó en aquella ocasión—. Pesa mas su corazón que su cerebro. Por eso se encuentra sin nada y sin nadie. Lo matan sus creencias, aunque viva para ellas. Tiene fe en algo superior, pero lo único superior es el hombre.

—Yo tengo a Dios —contesté.

—Yo tampoco tengo nada —continuó Lucas—. Pero me queda el hombre. Lástima que usted no crea en él porque su Dios, por lo visto, lo ha a-

bandonado.

—¿Por qué decís eso?

—Porque el mundo no mejora y su Dios no interviene. Tal vez sea bueno para los pobres, para los desgraciados, para los analfabetos, que sólo así, creyendo en algo sobrenatural, pueden soportar una vida opaca, miserable...

—¿Eso creés?

—¡Claro! Los estudiosos, los investigadores, los seres inteligentes buscan las causas naturales de todas las cosas. Nosotros sabemos que no existe nada, mas allá de la muerte. Ni infierno ni paraíso. Eso lo fabricamos en vida. La muerte es el fin de la vida.

—La Biblia dice...

—La Biblia fue escrita por hombres, padre —me interrumpió—. Y los hombres escriben según lo que creen. Además ¿qué ciencia podía oponerse en aquellos tiempos a la ignorancia general? ¿Acaso la Biblia no menciona los milagros? ¿Y quién cree en milagros hoy en día, cuando cualquier médico mediocre puede "resucitar" muertos que no lo son y curar enfermos imaginarios, sin considerarse por ello Hijo de Dios?

—Milagros se producen todos los días, Lucas —respondí—. Nos falta aprender a interpretarlos. Vos querés el milagro directo: la multiplicación de los panes o el "levántate, Lázaro". Pero te olvidás de los milagros cotidianos.

—No desvaríe, padre.

—Que un alcohólico perdido deje de beber, que un suicida encuentre un motivo nuevo para seguir viviendo, que un hombre desesperado halle una solución que no pensaba, seguro que para vos son casualidades. Sin embargo, son milagros comunes.

—Ahora también me va a hablar de Lourdes y de tantos otros lugares. ¡Vamos, padre! Todo eso tiene una explicación lógica.

—¿Qué es para vos un milagro, Lucas?

—Algo que no se puede explicar.

—La vida es un milagro, Lucas. El Universo, otro. Porque lo más que podemos llegar es a suponer que ocurrió esto o aquello. Y la evolución no explica todo. Casi diría, nada.

—Es inútil, padre. El universo, dice usted. Y sin embargo, el hombre ha explicado cómo se formó. Tal vez no puede decir exactamente cuándo... todavía. Pero lo hará.

Calló un segundo y se paseó por la pequeña oficina.

—¡Qué extraordinario! —agregó—. Yo voy a volar por el espacio. ¿No cree que es un magnífico lugar para contemplar un milagro? Sólo así me convencería usted. Pero no se ilusione.

Allá arriba no hay vida, no hay Dios. Sólo noche eterna, lógica, conocida y estudiada. No hay milagros, está todo dicho: estrellas, planetas, gases, meteoritos... Conocemos como se forman, como se desarrollan y como se extinguen. Hasta podemos calcular cuanto tiempo durarán.

Me miró serenamente.

—Tal vez cuando vuelva le traiga pruebas de lo que digo —concluyó.

Así eran nuestras charlas. Comprendí que Lucas era el producto de la evolución de la ciencia y de la técnica. Aunque no había diferencias de edad, existía una opuesta formación. El explicaba todo, hasta la guerra que yo rechazaba. Explicaba como había evolucionado el mono, pero no entendía porqué no había evolucionado el caballo. Toda su vida había sido razonamiento y deducción. El estaba en su elemento. Allí, en aquella base, en aquellas oficinas que ponían todo a disposición del hombre, lo incongruente era yo.

Por eso me retiraba a la capilla y oraba. Un poco, dejaba la confrontación en manos del Todopoderoso.

Vagaba a veces por un escenario de oficinas. Diferentes, sí, pero oficinas al fin, tratando de ubicarme en ese mundo tan distinto del mío. El salón de reuniones —al que concurría asiduamente porque las decisiones que había que adoptar eran mayores a medida que se aproximaba el momento del lanzamiento—, la sala de control y seguimiento del cohete, ya lista para su misión, las dependencias donde trabajaban frenéticamente los técnicos, todas eran oficinas, si entendemos por tales el lugar donde la gente desarrolla su labor.

Los encuentros con Lucas fueron espaciándose. Ya no tenía muchos momentos libres y, salvo los dedicados al descanso, lo absorbían las pruebas y los estudios.

Hasta que llegó el día de la puesta en marcha del Proyecto Odisea.

Todo el Comité Ejecutivo se despidió de Lucas, casi al pie del cohete. Serrano vociferó un ampuloso discurso bien ensayado. Los demás estrechamos su mano con palabras que denotaban aliento, felicitación y —en algunos— hasta envidia. Yo sólo le sonreí y Lucas me respondió de la misma manera.

El ensordecedor estruendo del escape de gases y las explosiones menores de los cohetes propulsores me llegaron amortiguados a través de la pantalla de televisión ubicada en la sala de control. Los potentes reflectores iluminaban

la desierta plataforma de lanzamiento, donde la nave parecía trepidar sobre una nube de polvo y humo.

Lentamente, como si no pudiera vencer su propio peso, la máquina comenzó a separarse del suelo. Luego, con firmeza, inició la ascensión. Y por último, delante de una llamarada multicolor, con su afilada trompa perforó la inmensidad del espacio.

En la sala de control —sumun de la tecnología al servicio del hombre— los técnicos no hablaban. Observé que todos estaban pendientes de las señales que recibían de la nave y miraban atentamente las pantallas de televisión. Allí se veía a Lucas, aplastado contra su asiento. En otras —conectadas con cámaras colocadas a ambos lados del cohete— se veían infinidad de estrellas y parte de la curvatura de la Tierra.

Vencida la atracción planetaria, Lucas pudo moverse con más soltura y emitió su primer mensaje. Todo estaba en orden, se encontraba perfectamente —aquí vimos su sonrisa— y comenzaba a trabajar para llevar adelante el Proyecto Odisea.

Los hechos se precipitaron al tercer día.

Hasta ese momento, Lucas y la nave superaban etapas sin dificultades. Todo marchaba perfectamente sincronizado. El proyecto se desarrollaba como estaba previsto. El hombre triunfaba por sí mismo.

El primer mensaje que puso en alerta al equipo de técnicos y científicos era muy simple. Aunque un poco entrecortado, la voz de Lucas fue clara cuando dijo:

—Un punto luminoso se aproxima por estribor, desde la luna. No puedo identificarlo. Informen.

El primer cohete argentino se acercaba a la zona de atracción lunar. Debía entrar en ella sin inconvenientes y circunvalar el satélite. El punto luminoso que había aparecido por detrás de la luna podía ser cualquier cosa; un satélite artificial u otra nave espacial, aunque esto último era casi imposible, ya que todos los países habían dado su aprobación a este vuelo (todavía existía cierta libertad) y ninguno había mencionado el hecho que ahora se registraba.

Los potentes telescopios volvieron a enfocar el espacio, observando el extraño punto luminoso; se estudiaron despachos sobre vehículos colocados por otros países, se hicieron cálculos sobre posición, luminosidad y velocidad y se rastrearon señales que podía emitir.

Fueron sólo unos minutos. Luego, repentinamente, los mensajes se cruzaron: de la nave a

la Tierra y viceversa.

—Meteoro...

Era un fragmento de roca que parecía dirigirse al aparato tripulado por Lucas, una de las tantas cosas conocidas y estudiadas por la ciencia. Algo natural, pero también un peligro imprevisible, un inesperado y desconcertante hecho.

El cuerpo pétreo, de dimensiones desusadas, se dirigía a la luna. Podía preverse su caída en el satélite natural de la Tierra, pero cabía la posibilidad que interceptara la trayectoria del cohete.

Durante los momentos que siguieron a esta revelación, no pude menos que admirar a Lucas. Cuando todo el proyecto corría el riesgo de perderse en la nada —y también su vida— el científico aprovechó la oportunidad única que se le presentaba. Con decisión, enfocó una de las cámaras de televisión hacia el aerolito, y entonces pudimos observar con claridad cada vez mayor a esa roca espacial que iba creciendo a medida que se aproximaba a la nave.

—¡Este es un documento extraordinario! —transmitió Lucas.

Todos coincidieron pero ninguna voz lo confirmó. Estaban ocupados en tareas de mayor importancia. Sobre todo, en cálculos.

Mientras las computadoras trabajaban al máximo de su velocidad, las miradas que los hombres cruzaban entre sí en aquella moderna oficina estaban cargadas de un nerviosismo que delataba el temor que los embargaba. Y cuando las computadoras vomitaron la última cifra, el frenesí hizo presa de ellos.

—¡Atención, Lucas! El aerolito cruzará su línea de vuelo peligrosamente cerca. Repito: peligrosamente cerca.

—Así parece, Control. No puedo apreciar si está por arriba o por debajo de mi trayectoria. Hasta podría ser que me interceptara...

—Conviene tomar precauciones, Lucas. ¡Conteste!

—Casi en la misma línea, diría yo. Sólo puedo abrir los propulsores para pasar antes por el punto de colisión...

—¡Correcto, Lucas! ¡Correcto!

—Pero voy a malgastar energía que necesito para zafarla de la atracción lunar cuando inicie el regreso...

—¡Atención, Lucas! ¡Esto es una orden! Ponga en marcha los propulsores. De lo contrario, con solo pasar cerca, ese cuerpo puede atraerlo y desviarlo de la ruta.

El aerolito parecía justo en línea para embestir la nave de Lucas. Era más grande de lo que

habíamos supuesto inicialmente. A una velocidad de cincuenta kilómetros por segundo, el mas leve rozamiento destruiría el cohete. En la pantalla de televisión, estaba casi obstruyendo el campo visual.

Era una roca muy irregular, que giraba lentamente sobre sus extremos. Motas de luz y sombra se advertían en su superficie y, a veces, algo destellaba cuando algún elemento cristalino era iluminado por el sol.

Gotas de sudor perlaron los rostros de todos los que se hallaban en la sala de control. Clavados los ojos en la pantalla que transmitía las imágenes desde la misma nave, era como si el equipo completo estuviera dentro de la cápsula espacial y siguiera en silencio y con ansiedad la trayectoria de la enorme piedra.

Al fin, pareció retrasarse. Lucas había dado nuevo impulso a la nave, adelantándose por muy poco al punto de colisión. El bólido rocoso se deslizó por la popa del cohete. Yo estaba aterrado contemplando aquel minúsculo grano de Creación que se interponía en el camino del hombre. Durante unos instantes se interrumpirían las comunicaciones, como cuando Lucas desapareciera en el lado oculto de la luna. Mientras tanto, me sentía fascinado por aquel cuerpo extraño.

De pronto, la pantalla pareció fulgurar. Fue un relámpago enceguecedor. Y de inmediato, la oscuridad.

Ni estampido, ni detonación ni ruido. ¡Nada! Todo el esfuerzo tecnológico se había convertido en nada.

También se había perdido una vida.

Defrente al televisor, hice la señal de la cruz y mis labios temblaron en una plegaria y en una bendición. Luego me retiré al salón de reuniones. Recé por el alma de Lucas sin saber qué había ocurrido, pero seguro que la catástrofe se había abatido sobre el Proyecto Odisea.

Fue mucho después cuando entro Serrano. Despeinado, con la corbata floja, el cuello de la camisa desprendido y el saco en la mano, se sentó frente a mí con una mueca de disgusto en su rostro convulsionado.

—Hemos fracasado, padre —me dijo—. El proyecto ha fracasado... ¿Quién podía prever esta contingencia? Las posibilidades son insignificantes. Y sin embargo, nos ha ocurrido a nosotros...

Lo miré con una calma que no sentía.

—¿Qué pasó, Serrano? Parecía que iba a evitarse el choque...

Serrano me observó extrañado.

—¡Ah, sí! —murmuró, de pronto—. Olvidé que usted dejó la sala cuando se oscureció la pantalla. No, no hubo colisión, padre. Por lo menos, eso nos dijo Lucas...

Salté de la silla.

—¿Lucas? Pero... ¿qué dice usted?

—Apenas usted se retiró, recibimos un mensaje radial —me informó el hombre—. La televisión ya no funcionaba pero sí la radio. Es un mensaje muy breve y se interrumpió antes de terminar. Aquí lo tiene.

Le arrebaté el pedazo de papel. Escrito con gruesos caracteres de imprenta, parecía impregnado por la desesperación transmitida por quien ve aproximarse su último minuto. Lo leí lentamente:

"Meteoro explotó. Estoy herido. Caigo en la luna. Padre Andrés: creo..."

—Eso es todo, padre —señaló Serrano—. Y no resulta difícil reconstruirlo sucedido. El meteoro explotó inexplicablemente. Trozos de roca impactaron en la nave, desviándola de su trayectoria y arrojándola sobre la luna, donde se estrelló. Allí habrá perecido Lucas. Parece que a usted quiso decirle algo, pero no pudo completarlo.

Serrano siguió hablando pero yo no lo escuchaba ya. Ni siquiera reparé que estaba a mi lado. Con el pedazo de papel en la mano, yo también pude reconstruirlos últimos instantes de la nave y su tripulante. Y comprendí —aunque sólo yo habría de aceptarlo así— que el Proyecto Odisea había sido un éxito rotundo.

"Sólo un milagro podría cambiar mi forma de pensar..."

—¡Padre! ¿Se siente bien?

Serrano me sacudía sujetándose por los hombros. Y me miraba como quien ve un fantasma.

—Sí, Serrano, estoy bien. Por favor, déjeme solo un momento...

"Todos los días ocurren milagros" había dicho yo una vez a Lucas. Intervenciones inesperadas, casualidades de la vida cotidiana que parecen cosas naturales y que, por no conocer sus causas, decimos que son inexplicables. Como Serrano, que afirmaba que el aerolito había explotado inexplicablemente...

¿Por qué no "milagrosamente"?

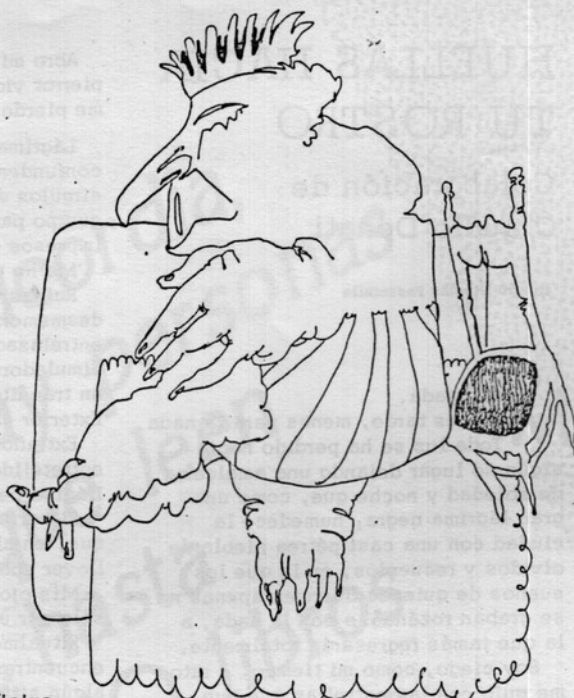
¿Cómo convencer a Serrano, a los ingenieros y a los técnicos de que Lucas había pedido un milagro y lo había contemplado allá arriba, en el espacio? ¿Cómo decirles, me preguntaba yo, que el mensaje enviado estaba completo?

Para mí, "creo" era suficiente para significar "creo en Dios..." ●

AXEL

Un cuento de
Claudio N. Perez

Hay un pájaro que vuela
en busca de su jaula.
F. KAFKA



Trabajaba en aquella oficina pública como podía hacerlo en algún puerto de Okhotsk o en algún comercio para turistas en las islas Faeroes. Porque sí. Porque estaba y no valía la pena averiguar el motivo. Manolo se dejaba llevar como si fuera un barquito de papel-alfajor que flota en el agua sucia de alguna cortada. Sabía que su lugar estaba donde lo dejaran, donde ya no lo empujaran más. Su vida era una recta que nunca había quebrado (o un círculo que se mantenía imperturbable en su condición). Sus horas parejitas con los ángulos bien limpios —sin ninguna tela de araña— estaban acomodadas perfectamente en sus respectivos casilleros. No dejaba que nada relacionado con él estuviera fuera del orden geométrico que lo alegraba y al mismo tiempo lo hería salvajemente, como dos paralelas que se atraen y modifican una a la otra y que sueñan alcanzar ese punto donde todo es uno.

De seis a trece eran los no, que se estiraban como las gomitas para el cabello, de Pepe; los "como le va", "bien y su familia" apresurados de Adela; los gritos lejanos de la calle como murmullos de una vida que no entendía; y alguna propuesta negada para el fin de semana que era, para Manolo, Bach o Vivaldi, museo de la ciudad, teatro en el Centro Cultural y, a veces, Godard o Russell en el Palace. Después el diez en Rioja y una ensalada de zanahorias con dos huevos duros, pero ese jueves no. Ese jueves no quiso o no pudo o no se atrevió.

Se sentó en un banco de Lagos y Pellegrini y comenzó a matar recuerdo tras recuerdo sobre un árbol viejo, como bichitos de luz que aparecen y desaparecen sin saber uno por qué. Los minutos fueron años que pudieron ser de otra manera. ¿Por qué? ¿Por qué? Pero ya es tarde, son las cuatro y todavía no durmió la siesta ni le dio de comer a Amaranta ni leyó La Capital. Era muy tarde.

Otro día, otro viernes y una nada densa que se mostraba en esos dos dedos apretados contra la nariz y en el soplo largo que agotaba el aire. Hablaron, ellos hablaron, del sueldo que no alcanzaba, del plazo fijo, de Usandizaga que no daba el aumento, de Brodershon y la deuda externa y por qué no alquilás una piecita vos, Manolo, con lo grande que es tu casa y la plata que podés hacer, yo que vos no lo pienso dos veces. Y no lo pensó. Sintió el empujón y se dejó caer en el rincón que le permitieron.

Ese domingo se levantó temprano para atender a los posibles inquilinos. Hubo muchos que se llegaron hasta el caserón de San Luis al cuatro mil, pero la Walkyria, el violín junto a las obras de Brecht, la impecable muerte de los artefactos muertos y las palabras paridas por algún diccionario añejo, ahuyentaron a más de un viajante de comercio, militar retirado o aspirante imberbe a ingeniero o profesor. Sólo Axel se sintió cómodo y el sentimiento fue recíproco después que el enano de ojos azules le recitó a Whitman en inglés sin

tener ninguna excusa. Manolo le ofreció la habitación que está a pocos metros de la cocina y que tiene un baño muy amplio con cerámicos color marrón clarito y dibujos de flores y mariposas. Axel era un jubilado circense que no superaba los sesenta y cinco años, jovial, cauto en sus juicios y, para beneplácito de Manolo, culto. El enano prometió, ya que su dinero era escaso, encargarse de los quehaceres de la casa a cambio de una razonable rebaja en el alquiler. Manolo no puso objeciones; al contrario, lo aceptó como si la idea hubiese sido suya.

Las primeras semanas fueron una suma, sorprendente para Manolo, de Mahler, Bartok, Paul Klee, Arreola, Borges y el cine polaco. Inexorablemente, se sucedieron paseos por el parque España en días de lluvia torrencial, cafés en Córdoba y Corrientes, exposiciones en los altos de la librería Ross, conferencias en la Asociación Rosacruz, el cine club de la calle Tucumán y las obras de Lola Mora los domingos de sol en el parque. Sin embargo, lo que más añoraba Axel era la peatonal: le negaba sus ojos al Banco Nación y se quedaba inmóvil y sonriente mirando las personas que iban y venían por San Martín y luego por Córdoba.

Manolo había cambiado, se lo habían hecho notar en la oficina, como sin quererlo, cuando Adela lo miró diferente, cuando Pepe se enojó y le dijo que parecía un pibe de quince, cuando su jefe le dijo que merecía un ascenso. Paulatinamente, Axel —porque fue Axel, no me caben dudas— había logrado mañanas optimistas, risas sin por qué, gracias sinceros y hasta hubo tardes en que Manolo no protestó por el vuelto de caramelos en el quiosco de la esquina.

En el segundo mes, Axel comenzó a sentirse mal. Es la gota, decía en tono rencoroso, esta podrida gota que no me deja en paz. Manolo entonces la respondió haciéndose cargo de todas las tareas de la casa y de otras, como lavar las ropas del enano, cocinar su comida, ordenar su pieza, que no le correspondían, pero que realizaba con mucho placer.

La salud de Axel empeoraba cada día. Se le caían los objetos de las manos, temblaba, se olvidaba de todo y le costaba un gran esfuerzo poder caminar. Sobre todo esto último significaba para el enano un dolor insoportable. A pesar de que Axel hacía todo lo posible para camuflar su mal estado, no pudo evitar, un jueves, la completa inacción de sus dos

piemas.

A partir de aquel día insospechado, a Manolo se le presentaban dos caminos: uno lo llevaba directamente a la soledad, al vacío, al tedio; y el otro, al sacrificio y sus consecuencias tan crueles como felices. Optó por el segundo: pidió seis meses de licencia sin goce de sueldo, sacó sus ahorros del Banco de Galicia y le compró una silla de ruedas para Axel. Había decidido, quizá por primera vez en su existencia, vivir para otro.

Resultaba costoso y causaba no pocas dificultades llevarlo tan seguido a la peatonal, pero lo mismo Manolo inventaba fuerzas y se quedaba junto a él, horas y horas, mirando la gente que iba y venía por San Martín y luego por Córdoba.

En una de estas salidas Axel le preguntó, entre lágrimas y disculpas, cuanto dinero quedaba. Manolo trató de gambetear la pregunta pero no pudo. Le dijo que si se ajustaban un poquito tenían para quince días más. Axel se quedó pensativo por unos cuantos minutos y luego le hizo prometer que haría todo lo que él le indicase, sin resistirse a nada. Manolo apenas se permitió un sí bajito y muy tímido que no comprendió del todo y entonces el enano comenzó a gritar para llamar la atención de los que pasaban por allí. En unos momentos se formó un semicírculo con Axel y Manolo en el centro. Cuando el enano creyó que había suficientes personas, le ordenó a Manolo que fuera arrastrándose hasta donde estaba una anciana y le besara los zapatos. Todos se rieron cuando la anciana lo recibió con violentos bastonazos sobre su cabeza. Después le dijo que ladrara, e invitó, a todo aquel que quisiera, a pegarle patadas en el culo. Y muchos lo hicieron y volvieron a reírse y algunos hasta aplaudieron frenéticamente. Luego le ordenó que gritase "soy un imbécil, soy un estúpido", y todos repitieron "es un imbécil, es un estúpido" y aplaudieron y dejaron muchos billetes en las diminutas manos de Axel. El espectáculo terminó cuando Manolo, cansado de recibir patadas y puñetazos, le suplicó a Axel que lo llevara a su casa.

Hoy Manolo vive de pueblo en pueblo. Conviene con una docena de hombres y mujeres (seis y seis) que Axel reclutó en la provincia y que realizan esta especie de drama violento que el enano dirige. Y debo escribirlo, Manolo me ha confesado que es feliz. ●

HUELLAS HACIA TU ROSTRO

Colaboración de
Claudio Donati

Ilustró Nicolás Passarella

Madrugada.
Aun es tarde, menos para la nada. Toda luz se ha perdido hacia algún no lugar dejando una amalgama de soledad y noche que, como una gran lágrima negra, humedece la ciudad con una casi pétrea niebla de olvidos y recuerdos, en la que los sueños de quienes duermen apenas no se graban rozándose con la nada, a la que jamás regresarán totalmente.

Soy ciego, como mi tiempo. A ratos me guío con las estrellas que aun recuerdo.

Olvidadas de mis ojos, bajo los cadáveres de visiones suicidas ante mi ceguera, en sangre oscura se escurren las sombras y las calles se esparcen agonizando sus latidos en la fragilidad de mis pasos.

Sigo viejas huellas que sin saber de tiempos aun atraviesan vacíos nocturnos hasta detenerse en tu rostro.

Duermes.

Mientras yo, asombrado porque todos duermen, desde las sombras de una mortaja de húmedas letras y ojos con versos al silencio, aún después de tantos días que sólo te recuerdo, sin que lo sepas rozo tu nombre para crear una vez más.

Me alejo en una sonrisa triste de saber que jamás sabrás si una noche no te recuerdo.

Talvez soy sólo un sueño que toma esta forma de ciego mientras duermes.

Quizás, si una noche rasgas las sombras al abrir tu puerta, sorprendas esfumándose en la oscuridad a mis ojos que no te verán.

Me alejo.

Solo yo sin ser solo. Reflejo sin fuente. Materia clamante en pos de tí. Dañado por tu sombra de presencia sangro hasta mis fronteras. Un anhelo, melancolía de desconocidas. Huella marina con ausencia de razón.

El aire se estremece al susurrarme de luces nonatas que ya se agolpan en la matriz del horizonte.

Esta húmeda soledad de claroscuros me produce extraños pensamientos y me incita a rebelarme contra todo.

Abro mis ojos y, etéreo, lumínico pierrot vidente, ya no sombreado, me pierdo.

Lágrimas como pájaros nocturnos confunden mis pasos. Camino en círculos de risa con razón. Oculto mi cuerpo para no reconocer los recuerdos impresos en las paredes de la brisa.

Me he perdido.

Ruinas pétreas, altares de dioses desmemoriados. Toscas pestes entrelazadas a terminales caminos. Simuladores de visión; meros pasajeros en tránsito casi eterno por la ceguera. Exterior caos intemporal abstracto.

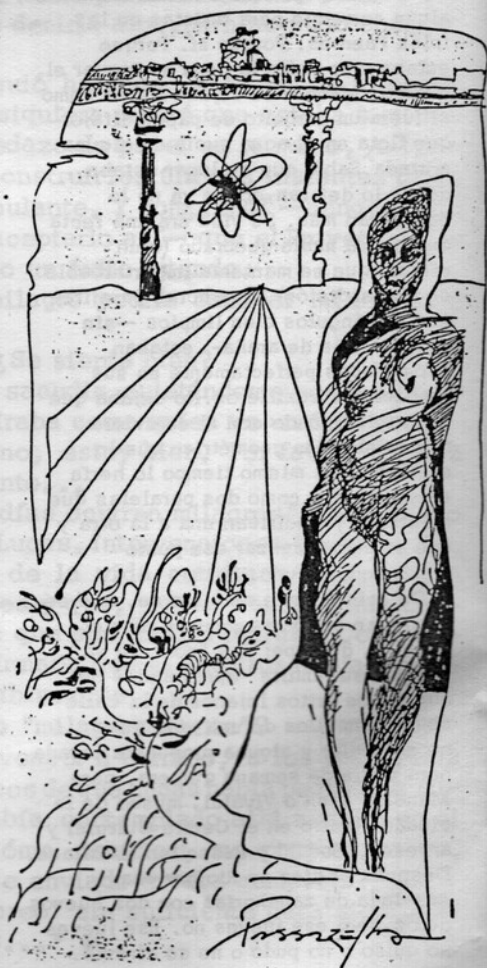
Extraño e inútil paisaje, y yo entretejido en él. Personaje vano. Ilógica permanencia.

El horizonte libera tenues luces que, en algún sitio, comienzan a llover sobre tu rostro.

Mis ojos abiertos me perdieron, pero sólo por un momento.

Ritualmente, mis huellas me encuentran y me cargan ciego hacia algún sitio, hasta que tu rostro, como arraigado ente, me recobre en sueños.

Amanece. ●



En
Concordia,
hay personas
que leen
hasta
10 libros
por mes.

Claro. Son
socios de

Libro
CLUB

Galería
Entre Ríos
Local 35
Concordia

Salvat/uno

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO BÁSICO

UNA OBRA DIFERENTE Y LLENA DE VENTAJAS

- Sistema de entradas agrupadas, lo que permite una mayor extensión en las definiciones y artículos enciclopédicos.
- Las voces derivadas se indican en versalitas y van precedidas de un signo convencional.
- Se incluyen extranjerismos de uso común.
- Se indican las conjugaciones de los verbos irregulares, mediante referencia a un verbo modelo, así como regímenes prepositivos de verbos y adjetivos.
- Se incluyen cuadros de normas ortográficas, signos de puntuación, formación del plural...

CARACTERÍSTICAS

- Tamaño: 18 x 25 cm.
- 60.000 artículos enciclopédicos.
- 150.000 entradas.
- 3.750 ilustraciones a todo color.
- Más de 400 mapas.
- Abundantes cuadros y esquemas.
- 1.517 páginas, papel de excelente calidad y sólida y elegante encuadernación.

TODO EN UN SOLO VOLUMEN. PRÁCTICO Y MANEJABLE. ¡DISFRÚTELO!

